



autora | LAURA VIVAR

# SERÁ LA RABIA

MIRA, VOY A SALIR A FUMARME UN CIGARRO, porque como vuelva a fingir un orgasmo así, me llevo el Goya a la actriz revelación. Necesito estar un rato a solas. Por favor, qué cosa tan desagradable, es que ni ritmo tiene el pobre. Y todo ese peso muerto y con los pelitos que le han salido en los riñones. Quitaa, quita. El cigarro de después, sí, cariño, el de después de llorar de la pena que das en la cama. Bendita habitación con balcón. Hale, sí, quédate dormido. Dónde puse ayer el mechero. Ah, es verdad. Qué precio tiene ya el tabaco, joder. A ver si lo deajo.



PIEDRA, LLAMA, CALADA, HUMO. Si yo fumo por no suspirar. Calada, humo. De verdad que no sé lo que hago viviendo con este tipo. Calada, humo, ceniza. Tengo que dejar de darle vueltas a todo. Y de aparcar de boca en el garaje, eso también. Calada, humo, más humo. Me trata de maravilla y me adora, joder, me adora de verdad. Que si tiene cinco minutos, me llama o algo. Pero él gustarme, gustarme no me ha gustado nunca. Igual, no sé, hace diez años le veía su punto, ahora me aburre hasta que respire. Calada, humo, ceniza. Que podría dejarlo, ¿eh? Yo lo deajo con él y me monto mi vida. Me busco

un piso y andando. Lo mato de la pena, eso sí. Pero, joder, que yo también tengo derecho a buscar mi espacio. Calada, negar con la cabeza, humo. Tengo las uñas destrozadas. Qué frío, coño. Me voy para adentro. Tengo que dejar de fumar. Calada, calada. ¿Y el humo? Y la familia. Porque, claro, no rompes solo con él, es una tragedia familiar. Ay, mis sobrinillas. En serio, ¿y el humo? Pero yo me busco un piso cerca del trabajo y me da para vivir. Calada. Y a él también, no gana mal. Que vale que puede que yo no haya estado al cien por cien en la relación, pero eso no sig, coño, ¿y el humo? no significa que no me haya importado. Porque yo me preocupo por él. Ya, pero como te preocupas por tu madre o por tu prima. Eso es verdad. ¿Y el humo? Que no puedo yo pasarme toda la vida fingiendo ser quien no soy. Porque yo así no soy. Calada. A mí me gusta beber, cojones, pero beber de acabar a gatas a las cinco de la mañana. Calada. Y aquí no bebe nadie. Abstemios todos. Se toma una dos cervezas ¿y el humo? se le pone la lengua graciosa y ya me tratan de borrachuza. Ah, y esa manera que tiene tus padres de decir «sec-so», Luis, que se me tiene que notar la cara de asco, se me levanta el labio sin querer. Dicen «sec», se paran un segundo y siguen. «So». Me puedo imaginar cómo la chupas, Mari Ángeles. Calada. Tengo que dejar de fumar. ¿Y el humo?



PERO YO NO PODÍA SABERLO, Luis, no podía. Mucho menos decírtelo a ti. Yo aquel día que salí a fumar. No me mires

así. Aquel día solo salí a fumar después de echar un polvo malo contigo. Cómo iba a saber yo que. Imposible. Yo solo estaba fumando y no me di ni cuenta. Necesitaba que me diera el aire, pasar cinco minutos a solas. Estaba allí, en el balcón con todas aquellas ideas flotándome en la cabeza. Y al rato, bueno, no sé, debió de pasar un rato muy largo. Al rato yo seguía pensando en cómo montármelo sola. Coño, Luis, de sorpresa no puede pillarte. No pongas esa cara ahora. Lo tenía clarísimo, pero de repente estaba poniendo los garbanzos en remojo, ¿lo entiendes? Me di cuenta entonces, porque era una total y absoluta contradicción: ¿quién pone trescientos gramos de garbanzos en remojo antes de dejar a su novio de toda la vida? Nadie, Luis, nadie. No te muerdas las uñas. Tampoco fue una de esas veces en las que la gente hace cosas en automático. Quizá antes. No aquella noche. ¿Tú también has notado el temblor? Te juro, vamos, que se muera mi madre si miento, que yo seguía dando caladas al cigarro en el balconcito de la habitación o eso creía yo. Cuando en una de estas, miro hacia abajo y ahí estoy, como una gilipollas contando puñados de garbanzos para el cocido del domingo. Y yo en mi cabeza fuma que fuma. Tardé un tiempo, no sabría decir cuánto, hasta



que deduje lo que había pasado. ¿Qué coño iba a saber yo? ¿Quién conoces que se haya fumado la voz de su conciencia? Ha tenido que ser algún tipo de trastorno de ansiedad muy severo. Ah, ¿que no me crees? Date cuenta: no habíamos vuelto a discutir hasta hoy, eso tendría que haberte dado alguna pista. Pon unos libros o algo encima de esa silla de la esquina, que ha empezado a levantarse del suelo. Esto es de locos. Voy a fumar aquí dentro. Me da igual todo ya.

¿Tienes un cigarro? No, claro, qué cojones, no tienes sangre y vas a tener un cigarro.



DURANTE ALGUNOS meses entré en pánico. Joder, normal. Yo renegaba por dentro.

Bueno, no, renegar se queda corto. Me cagaba en mi putísima estampa. Madre mía, estás pálido. Cada cinco minutos más o menos. Porque yo ya había tomado la decisión, ¿sabes? Yo ya iba a darte puerta. Pero no, en mi cabeza pensaba una cosa y luego, como si no me escuchara, hacía la contraria. Y tus padres venga a meter las narices en nuestra vida. No, calla un momento, ahora te dejo hablar. No hubo vacaciones que no nos organizaran. Por dentro yo quería reventar la silla contra la pared, así, plas, a lo bestia, pero por fuera me faltó aplaudir cuando a tu padre se le ocurrió la magnífica idea del camping de Oliva. Madre de Dios lo que grité. Sin gritar, ya me entiendes. Por lo menos fumé cuatro cajetillas de cigarros, metafóricos todos. Luego miro

y ahí estoy, con Mari Ángeles sacando tortillas frías y sin cebolla —sin cebolla, Luis— y repartiéndolas en platos de plástico. Me noto feliz y me doy asco. Vamos, lo máximo a lo que aspirar en la vida. El nirvana en una playa de Valencia. ¿No tienes calor? Y tu madre hablando de niños y yo con una sonrisa que parecía que había dormido con una percha en la boca. Me habría cruzado la cara de un bofetón. No por los niños, no me malinterpretes, los niños de los demás me parecen una idea estupenda. Pero no podía, Luis, no podía pararme los pies, estaba ahí metida en algún rincón oscuro de la conciencia profunda. Viéndome destrozarse mi propia vida y sin nicotina a mano. Sí, Mari Ángeles, yo también prefiero los niños a las niñas, son más nobles. Arcada. Sí, mejor que no se lleven más de tres años, así pueden jugar juntos. Arcada. Sí, en un chalet estaríamos mejor. ¿Está la calefacción puesta? Necesito una copa.



¿QUIERES UNA, LUIS? Tienes cara de necesitar un whiskazo. Dios, qué bien me está sentando esto. Luego ya todo ocurrió deprisa, sin freno. Me pediste matrimonio como un gilipollas. Mira que habíamos hablado mil veces de ello y mil veces me escuchaste decir que me parecía una mala idea. Pues no, tú estabas decidido a hacerlo todo de pena conmigo. Como sigan temblando las paredes, se nos cae la foto de boda al suelo. Si ya me parece mala idea que te pidan matrimonio en París o en Roma, imagina lo que pienso de que te pidan

matrimonio en Segovia. En Segovia, Luis. Que igual para ti es uno de los mejores recuerdos de tu vida, pero, joder, Segovia, tío. Hincaste la rodilla en el suelo al lado del acueducto que, si lo piensas bien, solo es una alcantarilla gigante. El anillo de pedida, las lagrimitas, las tres viejas aplaudiendo al lado. Un circo todo. Por dentro era otro cantar, por dentro me quería colgar del techo. «Di que no, tonta, di que no y rompe con él», pero nada, como quien oye llover. Y tú llamando a tu madre envuelto en lágrimas. ¿Te acuerdas? Que se le quemó el aceite de las croquetas y todo de la emoción. Aquella bombilla también ha empezado a parpadear. Casi no habéis contado veces la misma historia. Y que luego entró tu padre a la cocina porque olía a quemado y le dijo tu madre «ay, Paco, que se casan» y también se puso llorar y casi sale la casa en llamas. Por el amor de Dios. En qué hora. Y luego lo de la ceremonia en aquel restaurante que olía a cerrado. Qué espanto. Es que, ¿cuánto tiempo ha sido? ¿dos años? ¿tres? Sin rechistar, yo que sí a todo. A todo. Pero ya no. De eso nada. Quiero el divorcio. O la separación o lo que sea. Vamos, que estoy cortando contigo. ¿Tú tienes abogado? Sujeta la mesa por ese lado, Luis, que se levanta. Vamos, yo sé que no porque nunca me ha hecho falta uno. He oído que estas cosas se pueden arreglar de forma amistosa. Ay, pero pucheros no, Luis, pucheros no. Amigos podemos ser, eso sí. A ver, tú



me entiendes. Las uñas, déjate-las. ¿Ves lo que te digo? la boda era innecesaria, ahora nos toca hacer papeles. Siempre fue una mala idea. Ahí afuera no parece que se esté moviendo nada. Mira cómo se han levantado las baldosas de la cocina. ¿Ya tienes sangre en los dedos? El gato está bufando a la puerta. Estos platos no estaban rotos ayer. Yo no quiero mentirte, hace años que te soporto, pero no te quiero. Ojalá ser capaz de sentir pena en este momento, pero estoy aliviada. Sí. Solo aliviada. Por fin lo digo en voz alta. La orquídea se ha muerto de repente y el helecho ha empezado a arder en la esquina. Será cosa de la rabia, que lo mata todo. Hasta el whisky está hirviendo en las copas. Qué barbaridad. Voy a salir a por tabaco.

–Bea.

–¿Qué?

–Que te quiero.

–Tengo que dejar de fumar. 